

Marx y el Tercer Mundo

HENK OVERBEEK

PATRICIO SILVA

INTRODUCCIÓN

El motivo que nos llevó a escribir este artículo fue nuestra lectura de la última obra del marxista británico Bill Warren, *Imperialism, Pioneer of Capitalism*, la cual fue editada en forma póstuma (Warren, 1980; para una buena reseña véase Lipietz, 1982).

Ésta sin duda no es la primera vez que nos encontramos con una interpretación tan extrema de lo que Marx habría predicho, pero raras veces habían sido estas proposiciones tan unilineales y sorprendentes como las que se encuentran en el citado libro de Warren. Seguramente ya desde los años cincuenta que no se oían de boca de marxistas europeos esta suerte de interpretación.

¿Qué es lo que sostiene Warren? Dicho de una forma lo más resumida posible, se podría decir que Warren opina que la predicción de Marx de que el capitalismo se expandiría irresistiblemente a través del globo terráqueo revolucionando de esta forma la producción y elevando los niveles de vida en todas partes a alturas hasta entonces desconocidas es válida en el momento actual.

Este libro en su totalidad es de hecho una elaboración posterior de unos cuantos pasajes que encontramos en el prólogo a la primera edición del primer tomo de *El Capital*. Reproducimos a continuación estas ampliamente censuradas “predicciones” de Marx:

Lo que de por sí nos interesa, aquí, no es precisamente el grado más o menos alto de desarrollo de las contradicciones sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Nos interesan más bien *estas leyes de por sí*, estas *tendencias*, que actúan y se imponen con férrea necesidad. Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir (Marx, 1979: t. I, p. xiv).

Las naciones pueden y deben escarmentar en cabeza ajena. Aunque una sociedad haya encontrado el rastro de *la ley natural con arreglo a la cual se mueve* —y la finalidad última de esta obra es, en efecto, descubrir la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moder-

na—, jamás podrá saltar ni descartar por decreto las fases naturales de su desarrollo (Marx, 1979: t. I, p. xv).

A menudo, estas frases son utilizadas para probar el “determinismo” de Marx. Según estos retractores, Marx veía a la historia como un movimiento progresivo a través de una sucesión de estadios, de los cuales ninguna sociedad se podría evadir. Sin embargo, una lectura más detenida de estos textos demuestra en forma convincente que Marx se refería sólo a las leyes que gobiernan a las sociedades *capitalistas*.

En la primera cita, Marx advertía a los obreros alemanes que no se tenían que hacer ningún tipo de ilusión; que la misma miseria y las mismas contradicciones de clase que flagelaban a Inglaterra a mediados del siglo XIX, también azotarían a Alemania. El segundo pasaje también hace clara referencia sólo a la Europa Occidental. Por lo tanto, estos conceptos no pueden ser aplicados a la situación actual del Tercer Mundo, como es la intención explícita de Warren.

Nos podríamos preguntar, ¿qué podría decirnos Marx que pueda ser aplicado al estudio del Tercer Mundo en las últimas décadas del siglo veinte?

El conocimiento de Marx de aquellas regiones de la tierra que ahora llamamos el Tercer Mundo, sobre todo en lo que se refiere a la América Latina, África y el Oriente Medio, era en un cierto sentido más bien modesto. Sin embargo, tenía un conocimiento muy profundo de la India y la Europa del Este (Hobsbawm: 1964).

Pero en el caso de que Marx haya sabido todo lo que en aquella época era conocido —lo cual era sin duda sustancialmente menor que lo que se conoce ahora sobre todo con respecto a viejas civilizaciones y pueblos. ¿Cómo podríamos utilizar ese conocimiento para el estudio del Tercer Mundo actual, el cual ha experimentado desde entonces más de un siglo de (sub)desarrollo?

Para algunos analistas, la enorme expansión del capitalismo después de la segunda guerra mundial estaría probando el error histórico de Marx. Él es interesante tan sólo como un comentador de los eventos políticos y económicos en el período 1848-1880, es decir, como un fenómeno histórico.

El propósito de este artículo es demostrar que tanto la visión a la cual acabamos de hacer referencia, como la sostenida por muchos “marxistas”, en la cual los juicios e ideas de Marx son tomados como un sistema de “leyes” y “predicciones” con validez eterna, son incorrectas y se alejan del verdadero legado teórico de Marx.

EL TERCER MUNDO Y LA ACUMULACIÓN CAPITALISTA ORIGINARIA

A diferencia de los economistas burgueses, Marx y Engels destacaron el hecho de que el capitalismo no representaba un estado “natural” o

eterno en la realidad del hombre. El capitalismo había sido precedido por una serie de diversas formaciones pre-capitalistas.

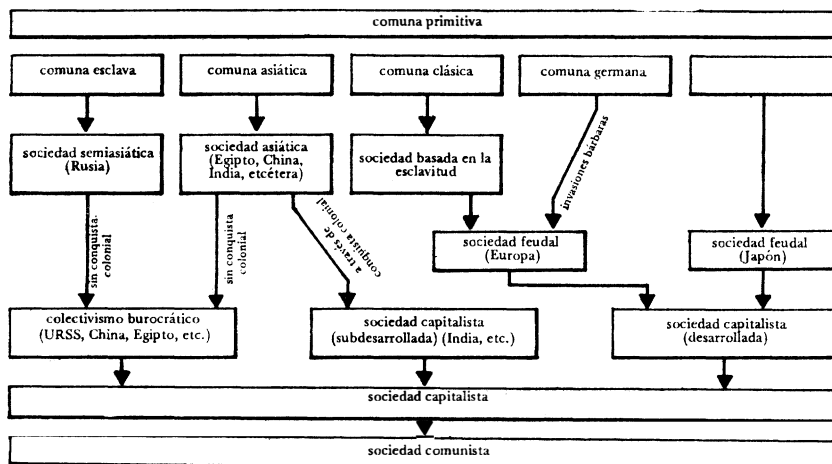
La naturaleza de estos diferentes modos de producción y sus relaciones entre sí son elementos importantes para la elaboración de una teoría del desarrollo y del subdesarrollo, ya que la mayoría de las teorías más críticas sostienen que la historia del subdesarrollo es la historia de la expansión del capitalismo desde Europa y su impacto sobre las sociedades pre-capitalistas existentes entonces en otras latitudes del mundo.

La pregunta que se presenta es si la enumeración de los diferentes modos de producción que hace Marx en algunas de sus obras, implica o no necesariamente una sucesión histórica irremediable.

Se puede decir que el mismo Marx aportó su granito de arena en la confusión sobre este punto, como se desprende del tan a menudo citado prólogo de su *Contribución a la crítica de la Economía Política*: “Esbozados a grandes rasgos, los modos de producción asiáticos, antiguos, feudales y burgueses modernos pueden ser designados como otras tantas épocas progresivas de la formación social económica” (Marx, 1978: 43-44).

Sería desde luego incorrecto afirmar, como lo hacen muchos marxistas tanto tradicionales como modernos basándose en este pasaje, que en la visión de Marx existía una secuencia dada para todas las circunstancias históricas.¹

¹ Según Melotti existen tres variantes de las llamadas interpretaciones *unilineales*: la *tradicional* (primitiva-clásica-feudal-burguesa-socialista), la visión del marxista ruso Plejanov (primitiva - asiática - clásica - feudal - burguesa), y el punto de vista neo-unilineal (primitiva - asiática - feudal - burguesa - socialista). Melotti prefiere la interpretación *multilineal*, la cual entregamos en forma esquemática a continuación (Melotti, 1977:8-26).



Como es evidente, en los pasajes citados anteriormente del prólogo de *El capital* (siendo esto también válido para, por ejemplo, el *Manifiesto comunista*), Marx se refiere solamente al desarrollo histórico actual en la Europa Occidental y no a una supuesta ley histórica con una validez universal.²

El proceso de transición del feudalismo al capitalismo en la Europa del norte ha sido por años un tema permanente de debate entre historiadores marxistas y no marxistas. En este párrafo prestaremos especial atención a la visión de Marx sobre la función desempeñada por aquellas regiones de la tierra, a las cuales hoy en día se les denomina “Tercer Mundo”, en el proceso histórico de la acumulación originaria. En un largo, pero a la vez muy esclarecedor pasaje del tercer tomo de *El capital* se vislumbra el pensamiento de Marx con respecto a la relación dialéctica existente entre los factores endógenos y exógenos que hicieron posible el surgimiento del capitalismo en Inglaterra.

No cabe la menor duda —y es cabalmente este hecho el que ha engendrado concepciones completamente falsas— de que en los siglos xvi y xvii las grandes revoluciones producidas en el comercio con los descubrimientos geográficos y que imprimieron un rápido impulso al desarrollo del capital comercial, constituyen un factor fundamental en la obra de estimular el tránsito del régimen feudal de producción al régimen capitalista. La súbita expansión del mercado mundial, la multiplicación de las mercancías circulantes, la rivalidad entre las naciones europeas, en su afán de apoderarse de los productos de Asia y de los tesoros de América, el sistema colonial, contribuyeron esencialmente a derribar las barreras feudales que se alzaban ante la producción. Sin embargo, el moderno régimen de producción en su primer período, el período de la manufactura, sólo se desarrolló allí donde se habían gestado ya las condiciones propicias dentro de la Edad Media. No hay más que comparar, por ejemplo, el caso de Holanda con el de Portugal. Y si en el siglo xvi y en parte todavía en el xvii la súbita expansión del comercio y la creación de un nuevo mercado mundial ejercieron una influencia predominante sobre el colapso del viejo régimen de producción y el auge del régimen capitalista, esto se produjo, por el contrario, a base del régimen capitalista de producción ya creado. El mercado mundial constituye de por sí la base de este régimen de producción. Por otra parte, la necesidad inmanente a él de producir en escala cada vez mayor contribuye a la expansión constante del mercado mun-

² Desde un punto de vista más general es necesario tener claro que el concepto de “modo de producción” es en primer lugar una abstracción derivada de la realidad, la cual no tiene como objetivo servir como un paralelo histórico: “Estas abstracciones de por sí, separadas de la historia real, carecen de todo valor. Sólo pueden servir para facilitar la ordenación del material histórico, para indicar la sucesión de sus diferentes estratos. Pero no ofrecen en modo alguno, como la filosofía, receta o patrón con arreglo al cual puedan aderezarse las épocas históricas” (Marx y Engels: 1976a: v. I, 22).

dial, de tal modo que no es el comercio el que revoluciona aquí la industria, sino a la inversa, ésta la que revoluciona el comercio (Marx, 1979: t. III, p. 321-322).

En el curso de este pasaje, Marx hace hincapié reiteradamente en el papel esencial que desempeñó el mercado mundial en el auge del régimen capitalista de producción, al mismo tiempo que destaca que esto pudo acontecer solamente en áreas en donde el capitalismo ya se había hecho presente, es decir, en donde las condiciones para la producción capitalista estaban presentes.

¿Cuáles eran aquellas condiciones?³ Como se dijo anteriormente, durante la mayor parte del período feudal existió tanto en el campo como en los gremios urbanos una escasa división del trabajo. Sin embargo, los cambios no se dejaron esperar: como resultado de la creciente división entre la producción y el comercio, se generó una clase de comerciantes que, al contrario de los patronos del gremio, no se encontraban atados a ningún lugar en particular. Viajaban de aldea en aldea, conectando diferentes pueblos y ciudades entre sí, sentando de esta manera las bases para una creciente división del trabajo entre los pueblos. La producción de mercancías —productos destinados primeramente al comercio y no para su consumo inmediato por su productor— no sólo va de la mano con la emergencia de esta clase comerciante, sino que también crea la base para la usura. Sin embargo, la transformación del capital-dinero acumulado por medio del comercio y la usura estaba encadenada a las relaciones feudales existentes; la servidumbre y el sistema gremial. Estos impedimentos fueron resueltos en el campo por medio de la privatización de las tierras comunales y la expulsión parcial de los campesinos. De esta manera, los productores directos fueron divorciados de sus medios de producción y obligados a vender su fuerza de trabajo en el mercado laboral. El Estado desempeñó una función crucial en la creación de las condiciones sociales para la producción capitalista, tal como lo demuestra Marx en el famoso capítulo 24 del primer tomo de *El capital*.

El surgimiento de la industria lanera de Flandes dio el impulso inmediato al proceso de expropiación de los campesinos en Inglaterra al subir el precio de este producto y fomentar la transformación de las tierras de labor en terrenos de pasto. Esta manufactura emerge, tanto en Flandes como en algunas regiones de Inglaterra, por medio de la utilización con-

³ El tema de los orígenes del capitalismo fue tratado por Marx en diversas obras. Él se refiere a este tema extensamente en *La ideología alemana* (Marx y Engels, 1976a, I: 49-68); en *Grundrisse* (Marx, 1977: v. I, 414-468); *El capital*, v. I (capítulo xxiv, sobre la llamada acumulación originaria); y en *El capital*, v. III (capítulo xx sobre el capital comercial y el capítulo xxxvi sobre el capital usurario). La literatura existente de otros autores sobre la transición del feudalismo al capitalismo es demasiado abundante como para ser mencionada aquí. Una muy buena descripción de muchos de los puntos que han sido tratados aquí puede encontrarse en Brenner (1977).

junta de los medios de producción arrebatados de los campesinos por los usureros, en demanda de sus préstamos no cancelados que a menudo tenían una elevadísima tasa de interés. De esta manera, la manufactura se origina en el campo para luego, gracias a la mayor división del trabajo existente y a la mayor productividad de este nuevo modo de producción, ser capaz de competir con los gremios de los pueblos adyacentes. El crecimiento de la producción manufacturera creó rápidamente la necesidad de mercados más grandes y más rentables, debido a que los mercados interiores continuaban siendo limitados y de lento desarrollo. Por otra parte y más importante aún, la creación de un verdadero comercio mundial, como resultado de los grandes descubrimientos geográficos por el año 1500, significó un enorme estímulo para el posterior desarrollo de la producción manufacturera. Además, la afluencia de grandes cantidades de oro y plata, procedentes especialmente de América al viejo continente, fortaleció en Europa la posición de la burguesía emergente.

Desde un comienzo, la introducción de la esclavitud y del sistema de plantaciones, especialmente en la región del Caribe y en el sur de los Estados Unidos, desempeñó un papel central en el desarrollo del capitalismo industrial en Inglaterra durante el período que comprendió el siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. "Liverpool se engrandeció gracias al comercio de esclavos. Este comercio era su método de acumulación originaria" (Marx, 1979: t. I, p. 646).

Todo esto nos lleva nuevamente a nuestro punto de partida; el capitalismo en Inglaterra evolucionó a base del mercado mundial, el cual fue creado a su vez por el mismo capitalismo emergente. Tanto factores internos como externos fueron prerequisites fundamentales esenciales en la realización de esta transformación histórica. Los factores internos, *id est* la acumulación capitalista originaria por medio de la separación de los productores directos de sus medios de producción, parecen ser, bajo circunstancias históricas específicas, suficientes para estimular el desarrollo capitalista: se podría decir, por ejemplo, que el capitalismo en Alemania y en Japón se desarrolló como resultado de la intervención del Estado y en disociación del mercado mundial. Sin embargo, la formulación misma de la frase "en disociación del mercado mundial" presupone en sí la existencia de aquel mercado mundial y por lo tanto su influencia en el proceso de acumulación. Esto significa que también en aquellos casos no se puede sostener que el capitalismo se originó sobre la base del desarrollo interno del mercado. Aparte de esto deberíamos preguntarnos ¿por cuánto tiempo sería capaz un país, en donde el capitalismo se hubiese desarrollado autónomamente, de mantener su aislamiento y, a la vez, basar su desarrollo sólo en sus recursos y mercados internos? No obstante, lo anterior muestra (este punto pareciera ser superfluo, pero no lo es) que Marx consideraba la existencia de relaciones capitalistas de producción (la presencia de trabajo asalariado y la propiedad privada de los medios de producción) como

necesarias y también como características definitorias del capitalismo como formación social.

Antes de abordar la cuestión relacionada con la relevancia de Marx con respecto a los acontecimientos contemporáneos y sobre la posición actual de Tercer Mundo dentro del sistema capitalista mundial, es quizá útil referirnos primeramente a la posición de Marx ante la integración de las regiones que hoy conforman el Tercer Mundo al mercado mundial, para ver si él previó los efectos que esta integración habría de tener para aquellas regiones.

SUBDESARROLLO CAPITALISTA

En la literatura especializada se encuentran opiniones diametralmente opuestas sobre las ideas que Marx mantuvo en relación con los efectos de la penetración del capitalismo en áreas no capitalistas. Por una parte, encontramos la opinión de que Marx, desde un comienzo hasta sus últimos días, sólo visualizó la "tendencia a propagarse [civilizadora] propia exclusivamente del capital" (Marx, 1977: t. I, p. 497). Esta opinión no solamente es sostenida por Bill Warren, sino también por estudiosos como Anthony Brewer y Shlomo Avineri (Brewer, 1980; Avineri, 1969).

Avineri basa su posición en los agudos discernimientos de Marx sobre los procesos modernizantes puestos en movimiento por la expansión capitalista. Él rechaza la ciencia política dominante en América, especialmente las escuelas comparativas y desarrollistas cuyo objeto de estudio es justamente la modernización, por no tomar en serio la visión de Marx. Brewer concuerda con Warren en la opinión de que Marx mantenía un juicio positivo sobre la expansión del modo de producción capitalista, a pesar de haber reconocido la miseria que esto temporalmente traía consigo. Contraponiendo esta visión encontramos, entre otros, autores como Melotti (1977) y Mohri (1979).

Ellos sostienen que Marx, bajo la influencia de sus estudios sobre el desarrollo socioeconómico en Irlanda y Rusia, se fue convenciendo cada vez más, de que la introducción del capitalismo en sociedades precapitalistas no siempre sería sinónimo de progreso social. La conclusión de Melotti (1977:125) es:

Resumiendo, se puede decir con toda certeza que, si bien Marx siempre sostuvo que la conquista inglesa de la India era en esencia progresiva, él se enfrentó a la corriente de optimismo acrítico de los unilinearistas socialdemócratas burgueses y, de diferentes maneras, adelantó el concepto que en años recientes ha sido presentado como una teoría por la escuela marxista norteamericana, a saber, que el capitalismo genera desarrollo en las metrópolis y subdesarrollo en los países coloniales.

Aquí trataremos de esbozar los efectos que Marx observa al examinar la expansión del capitalismo británico fuera de Europa. Dentro de este contexto, es útil introducir una distinción que como tal no se encuentra en la literatura sobre esta materia, pero que es esclarecedora ya que ayuda a comprender contradicciones hasta ahora no resueltas. Muchas teorías que se autodefinen como teorías marxistas del subdesarrollo se basan en extrapolaciones de una región en particular o de una parte específica de la economía mundial, sin reconocer explícitamente y tomar en cuenta esta limitación. Un buen ejemplo de esto lo forma la "teoría de la dependencia" (criticada inescrupulosamente por Warren), la cual se basa en un análisis de la integración histórica de América Latina en el mercado mundial, pero que en muchos aspectos pretende ofrecer una teoría general del subdesarrollo. En la dirección opuesta suele suceder lo mismo: algunos críticos de la teoría de la dependencia tienen la tendencia de basar su crítica en estudios de otras regiones del globo, por ejemplo la India.

En América Latina, la acción de los europeos destruyó violentamente las formaciones sociales existentes y la población nativa fue físicamente exterminada, introduciendo en su lugar una fuerza de trabajo esclavizada y relaciones de producción más adecuadas a sus necesidades particulares. Los conquistadores españoles introdujeron en la América Latina un sistema de tenencia de la tierra de claro corte feudal: el latifundio. Las tierras fueron divididas entre los privilegiados conquistadores, poseyendo cada uno de ellos grandes extensiones. Los indígenas que habitaban aquellas áreas fueron forzados a servir a sus patrones (a menudo ausentes) en condiciones incluso peores que los siervos del medievo europeo. El grado extremo de concentración del poder político y económico por parte de los latifundistas en muchos países y regiones de América Latina ha impedido, incluso hasta ahora, el desarrollo de modernas relaciones de producción capitalista, debido en parte al uso improductivo relativo de la tierra y a la incompleta introducción de la economía del dinero.

En la región del Caribe y en los estados del sur de la América del norte, holandeses, franceses, daneses y especialmente los ingleses introdujeron el sistema de plantación en el cual el trabajo esclavizado fue usado extensamente. Cuando la trata de negros fue abolida, se produjo rápidamente una escasez de mano de obra, que sería solucionada por medio de la llamada segunda esclavitud: cientos de miles de trabajadores asiáticos a contrata (hindúes, chinos e indonesios) fueron persuadidos, a menudo bajo falsas promesas, de embarcarse hacia el Nuevo Mundo, cuyas vidas para todo los propósitos prácticos serían indistinguibles de las de los esclavos de las plantaciones de las generaciones anteriores (Wolf, 1982, cap. XII). Para Marx, no era un secreto que este modo de producción estaba subordinado y totalmente al servicio de la producción capitalista en Europa:

La esclavitud directa es hoy en día cje de nuestro industrialismo, tanto como la maquinaria, el crédito, etcétera. Sin esclavitud no hay algo-

dón; sin algodón no hay industria moderna. La esclavitud ha dado valor a las colonias; las colonias han creado el comercio mundial; el comercio mundial es la condición necesaria de la industria maquinizada en gran escala (Marx y Engels, 1972, t. I, p. 26; véase Williams, 1975).

La esclavitud en el Nuevo Mundo y en otras regiones del mundo, introducida por los europeos, estimuló con gran dinamismo la emergencia del capitalismo industrial. Cuando el capital industrial se convirtió en la fracción dominante y el capital comercial perdió su posición central en los países del centro, especialmente en Inglaterra, la manutención de la esclavitud en el continente americano se convirtió en una barrera para el ulterior desarrollo del capital industrial. El triunfo final del capital industrial en Europa pasaba por la abolición de la esclavitud, sin embargo, en América Latina, el capital comercial mantenía en muchos aspectos su dominación local; esta sumisión de la producción a los intereses de una clase de comerciantes y usureros, enlazados como agentes e intermediarios a los círculos capitalistas dominantes en Europa de los cuales obtenían su poder, impidió un crecimiento mayor de la productividad del trabajo. Brewer (1980:54) le presta particular atención a este punto.

Es justamente la situación por completo diferente que existe en el mercado mundial, dominado por mercancías industriales baratas producidas en forma masiva, la que impidió por largo tiempo la solución "europea" (el crecimiento de la manufactura en estrecha conexión con el desarrollo del mercado mundial) en el caso de América Latina.

José Carlos Mariátegui, el gran pensador marxista latinoamericano, concluyó correctamente que las llamadas burguesías "nacionales" de la América Latina, debido a su extremo grado de dependencia del capital europeo, eran incapaces de velar por el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo.

Su aparición en las ruedas de la historia, por decirlo así, había llegado muy tarde. En la fase imperialista del capitalismo, la burguesía de los países del centro impidió el desarrollo autónomo del capitalismo industrial en los países periféricos. Mariátegui concluía que las tareas de la revolución democrático-burguesa no podrían ser implementadas por la burguesía, sino que sólo sería posible por medio de una coalición del proletariado junto con los campesinos pobres sin tierra.⁴

⁴ Este gran teórico peruano (1895-1930) le prestó especial atención al papel del latifundismo en la estructura del poder en la América Latina y al potencial revolucionario de los indígenas latinoamericanos en la lucha por el socialismo. Su obra principal, *Siete ensayos* (1928), representa el primer intento hecho en Latinoamérica por realizar un análisis marxista acabado de una formación social determinada. Véase para una revista de los debates presentes sobre la cuestión agraria en la América Latina, Harris (1978).

Una investigación sobre la aplicabilidad de los conceptos de Marx en el Oriente Medio, puede encontrarse en Turner (1978), quien en relación al discutido "rol progresivo" del capitalismo, toma una posición similar a la de Brewer y Avinieri.

El impacto del capitalismo en otras regiones precapitalistas del mundo, fue de una naturaleza diferente. Marx prestó especial atención al papel de la dominación británica de la India. Sobre este tema escribió en junio de 1853 una serie de artículos en el *New York Daily Tribune*, que gozan de gran renombre en la actualidad. En estos artículos, Marx juzga la conquista británica de la India y la introducción de relaciones capitalistas de producción en aquel país asiático, casi sin reservas, como una parte integral del progreso histórico. En este sentido, no es sorprendente que escritores como Warren y Avinieri demuestren una especial afición de citar extensamente estos artículos. La cita a continuación, proveniente del artículo *La dominación Británica en la India*, muestra cómo veía Marx el asunto en 1853:

La intromisión inglesa [...] disolvió esas pequeñas comunidades semi-bárbaras y semicivilizadas al hacer saltar su base económica, produciendo así la más grande, y para decir la verdad, la única revolución social que jamás se ha visto en Asia. Sin embargo, por muy lamentable que sea desde un punto de vista humano [...], no debemos olvidar al mismo tiempo que esas idílicas comunidades rurales, por inofensivas que pareciesen, constituyeron siempre una sólida base para el despotismo oriental [...] (Marx y Engels, 1976:57).

Sin embargo, Marx no se quedó ahí. Continuó estudiando la historia de la India y de otras regiones del mundo del hoy en día llamado Tercer Mundo, adaptando en diversas ocasiones su opinión sobre la dominación británica en ultramar a la realidad histórica. Y esta realidad mostraba que el impacto del capitalismo británico sobre el llamado Modo de Producción Asiático (MPA) era bastante diferente al impacto que tuvo la naciente producción capitalista sobre el feudalismo europeo.

Justamente por esta razón deseamos hacer resaltar el significado vigente del concepto de un MPA; si no se hace una distinción conceptual entre el MPA y el modo de producción feudal, no es posible entender el subdesarrollo existente en Asia, a pesar de la masiva penetración del capitalismo.

El MPA mostró ser mucho más resistente a la embestida del capitalismo de lo que Marx previó en un comienzo. Tal resistencia fue producto de las características específicas del MPA: la naturaleza de las relaciones de producción, la escasamente desarrollada división entre el campo y la ciudad y la omnipotencia del Estado, el cual impedía el surgimiento del libre comercio. La sociedad asiática poseía una gran capacidad reproductora, ya que después de cada una de las devastadoras y exitosas invasiones extranjeras, se volvía a restaurar: la invasión británica era tan sólo la última de una larga serie y únicamente mostraba a duras penas ser más exitosa que la de sus antecesores. Marx estaba consciente de esto:

Los obstáculos que la solidez y la estructura interiores de los sistemas nacionales de producción precapitalista oponen a la influencia disgregadora del comercio se revela de un modo palmario en el comercio de los ingleses con la India y con China. Aquí, la amplia base del régimen de producción la forma la unidad de la pequeña agricultura con la industria doméstica, a lo que en la India hay que añadir la forma de las comunidades rurales basadas en la propiedad comunal sobre la tierra, que por lo demás también en China constituía la forma primitiva. En la India, los ingleses pusieron en acción a la par su poder político directo y su poder económico, como gobernantes y como terratenientes, para hacer saltar estas pequeñas comunidades económicas. En la medida en que su comercio actúa aquí de un modo revolucionario sobre el régimen de producción es, simplemente, en cuanto, por medio del bajo precio de sus mercancías, destruye los talleres de hilados y tejidos que forman desde tiempos antiquísimos parte integrante de esta unidad de la producción agrícola e industrial, desgarrando así las comunidades (Marx, 1979: t. III, p. 322).⁵

Lo anterior demuestra que sería disparatado afirmar que Marx no se percató —o, dicho de una forma más sutil, no se hubiese podido percatar— de los negativos efectos de la penetración capitalista en las estructuras sociales en las regiones precapitalistas. La verdad es todo lo contrario y aquí nos encontramos con una de las pruebas más elocuentes de que Marx nunca fue prisionero de sus propias afirmaciones. Son justamente aquellos que descartan a Marx debido a que sus “predicciones” no se habrían “hecho realidad”, los que se hacen prisioneros de dogmas que tan sólo existen en sus propias imaginaciones.

EL MAL DEL REDUCCIONISMO

En los trabajos de diversos estudiosos que se basan parcial o totalmente en la visión de Marx, podemos a menudo distinguir tres formas de reduccionismo (entendiendo por esto, la reducción de un todo complejo a tan sólo un elemento de éste, o a la reducción bajo un común denominador de fenómenos irreconciliables entre sí): Hobsbawm (1964:60-61) distingue entre aquellos que ven los modos de producción analizados por Marx como formando “una sola escalera, la cual todas las sociedades humanas deben subir, peldaño por peldaño” y aquellos que denominan feudales a to-

⁵ Una opinión similar se da en *Grundrisse* (Marx, 1977, II: 259). Para mayores detalles, véase Melotti (1977: cap. xvi) y Mandel (1971:116-139). En los últimos días de su vida, Marx hizo unas acotaciones muy interesantes en un borrador de carta dirigida a V. I. Zasulich: “[En la India] la disolución violenta de la propiedad comunal de la tierra fue [justamente] un acto de vandalismo inglés, el cual no hizo avanzar a los nativos, sino que les provocó un retroceso [...] Los ingleses sólo lograron arruinar la agricultura nativa y redoblar la intensidad de las hambrunas.” (MEW 19, pp. 402, 405).

dos los modos de producción precapitalistas y que por ende no reconocen la existencia separada de un modo de producción asiático.

En el párrafo anterior se mantuvo que la distinción entre diferentes formaciones precapitalistas es de esencial importancia para entender el hecho de que eventos prácticamente idénticos (la confrontación de estas formaciones con el capitalismo invasor) puedan llevar a resultados tan diferentes.

En particular, para una adecuada comprensión de la situación de Asia es necesario recoger la noción del MPA y desarrollarla aun más, en lugar de descartarla. Evidentemente, mucho ha cambiado desde que Marx escribiera sus principales obras: el imperialismo profundizó enormemente la penetración de las formaciones precapitalistas, especialmente después de comenzar a introducir relaciones capitalistas de producción. No obstante, la realidad contemporánea no puede ser comprendida sin una introspección en las diferencias entre los modos de producción, con los cuales el capitalismo entró en contacto en su voraz saqueo a nivel mundial.

También hemos destacado que sería un error enfocar la sucesión de los modos de producción, como si éstos formaran una jerarquía estrictamente determinada e históricamente inevitable. Es por esto que la idea (a la cual volveremos más adelante) de que la revolución socialista sólo puede ser posible después de una completa maduración del desarrollo capitalista no concuerda con la opinión sostenida por Marx a este respecto.

Una tercera forma de reduccionismo, la cual ha llegado a gozar de gran popularidad, es la teoría según la cual los grandes descubrimientos geográficos de fines del siglo xv crearon una economía mundial integrada, abarcando la mayor parte del globo y que el hecho de que esta economía mundial fuese dominada por relaciones de intercambio capitalistas, hacía que ésta, y dentro de ella todos los modos de producción sometidos, fuesen esencialmente capitalistas. Esta visión fue elaborada durante los años sesenta, entre otros, por Andre Gunder Frank y posteriormente fue popularizada en los años setenta por Wallerstein y sus discípulos, quienes propagaron un enfoque "sistema-mundista" (Frank, 1972; 1975, Wallerstein, 1974; 1979).

Wallerstein (1979) define al capitalismo como producción destinada al mercado con la maximización de las ganancias como su objetivo esencial, o para decirlo de forma alternativa pero igualmente ligado con su contenido específico de clase, como "la acumulación de capital sin fin" (Wallerstein, 1983).

Para este objetivo, el capitalismo puede hacer uso de diferentes formas de control del trabajo (Wallerstein utiliza el término "modo de control laboral" en lugar de modo de producción): desde la esclavitud hasta el trabajo asalariado libre. La constitución de un mercado mundial, en el cual la división del trabajo sobrepasa las fronteras de los sistemas políticos y estatales, refuerza, según Wallerstein, el continuo incentivo (inherente

al capitalismo) de elevar la productividad del trabajo en todos los “modos de control laboral”.

Refiriéndose a la transición del feudalismo al capitalismo, Wallerstein (1979:147) expresa lo siguiente:

Si utilizamos una definición “formal” de feudalismo, podemos creer que regiones dentro de la economía mundial capitalista aún exhiben un “modo de producción” feudal. Sin embargo, no son las relaciones *formales* existentes entre el poseedor de la tierra y el trabajador productivo, lo que cuenta. El llamado nexo recíproco que identificamos con el feudalismo —la entrega de protección a cambio de prestaciones de trabajo— sólo llega a constituir un *modo de producción* feudal, cuando éste es *determinante de otras relaciones sociales*. Pero en el momento que dicho “nexo” es mantenido *dentro* de una economía mundial capitalista, su realidad autónoma desaparece.

Éste se convierte más bien en una de las diferentes *formas* de la utilización burguesa del trabajo proletario que se pueden encontrar en un modo de producción *capitalista*, las cuales se pueden mantener, expandir o reducir, dependiendo de los beneficios que éstas arrojen en el mercado [. . .] Un modo de producción capitalista no está basado en el trabajo libre y el libre acceso a la tierra. Sino que éste es más bien un modo de producción que *combina* el trabajo proletario y la tierra comercializada con otras formas de pagos y de tenencias de la tierra.

¿Cómo se relaciona esta visión con las ideas de Marx, a las cuales Wallerstein y Frank se refieren tan enfáticamente?

También Brenner se formuló esta pregunta, concluyendo que la tesis central de Wallerstein, es decir, que la economía mundial capitalista lleva a la innovación de incluso las áreas “no capitalistas”, está basada en fundamentos equivocados. Según él, y como lo demuestra apoyándose en Marx, esta compulsión de elevar la productividad del trabajo sólo puede aparecer cuando los productores directos no son obligados a entregar su producto excedente por medio de fuerzas extra-económicas.

El continuo empuje hacia la innovación que es inherente al capitalismo, surge solamente cuando el productor directo es separado de sus medios de producción y por ende obligado por la necesidad económica a vender su fuerza de trabajo (Brenner, 1977). Sin embargo, en su intento de rebatir las tesis de Wallerstein y de otros “neo-Smithianos”, Brenner tiende a menospreciar la función desempeñada por el mercado mundial y también a ignorarlo totalmente. Algo que Marx nunca perdió de vista: él nos recordará constantemente que fue justamente el capitalismo quien creó el mercado mundial y no hubiese podido desarrollarse y madurar sin la presencia del último. La expansión del capitalismo en el mundo y la ampliación del mercado mundial no son resultado de un proceso mecánico unidireccional, sino más bien una tendencia que se desarrolla lentamente, enfrentando muchos contratiempos en el camino. Para decirlo de forma más

precisa, la penetración del capitalismo desde afuera, no lleva al establecimiento del capitalismo en el caso de que sean los comerciantes y los usureros, y no los capitalistas industriales, quienes forman la fracción dominante de la clase burguesa. La usura, “paraliza las fuerzas productivas en vez de desarrollarlas, y al mismo tiempo eterniza este estado de cosas lamentable, en el que la productividad social del trabajo no se desarrolla, como en la producción capitalista, a costa del trabajo mismo” (Marx, 1979: t. III, p. 557).

La función predominante que en los escritos de Wallerstein se le asigna al proceso de circulación, la *división* del producto excedente, es atribuido en la obra de Marx a la *producción*, o, mejor dicho, a las relaciones sociales bajo las cuales se produce el excedente. “La verdadera ciencia de la economía política comienza allí donde el estudio teórico se desplaza del proceso de circulación al proceso de producción” (Marx, 1979: t. III, p. 325).

Sólo de esta manera podemos sostener la opinión de que la explotación es primero que nada más bien una relación de poder entre *clases sociales*, que entre naciones. (Esta última posición ha sido formulada y defendida de la forma más diáfana por Arghiri Emmanuel (1972) en su ya clásica obra sobre el intercambio desigual.)

REVOLUCIÓN EN EL TERCER MUNDO

La idea de que el socialismo sólo podría ser posible en países donde el capitalismo hubiese alcanzado su estado de madurez y donde existiese una clase obrera de grandes proporciones, no es sin duda nueva.⁶ Esta visión desempeñaba ya un papel de importancia en las discusiones políticas de los socialistas rusos del siglo XIX.

Las preguntas principales en esta discusión eran si acaso la comuna aldeana rusa tradicional con su propiedad comunal de la tierra podría formar la base desde la cual se pudiese instaurar la sociedad comunista, o si la descripción hecha por Marx del surgimiento del capitalismo (por ejemplo en el capítulo XXIV del primer tomo de *El capital*) también era aplicable a Rusia.

Ambas partes en este debate le pidieron a Marx que diera su opinión

⁶ En el congreso de la Internacional Socialista de 1904, el socialista holandés Van Kol afirmaba: “La hipótesis de Karl Marx, que ciertos países estarán en condición, por lo menos en parte, de pasarse el período capitalista en su desarrollo económico no se ha realizado; los pueblos primitivos sólo alcanzarán la civilización cargando esta cruz. Es por esto nuestra obligación no entorpecer el desarrollo del capitalismo, una cadena indispensable en la historia de la humanidad” (citado en Menotti, 1977:162n). Es realmente irónico el hecho de que Marx sea criticado al mismo tiempo por mantener una opinión la cual “marxistas” como Warren y críticos del “marxismo ortodoxo” como Frank (el primero aprobándolo mientras que el segundo desaprobándolo) afirman que Marx nunca sostuvo.

al respecto. Después de un largo y profundo estudio (Marx incluso aprendió ruso para poder estudiar importantes documentos en forma directa) concluía:

Si Rusia sigue por el camino que ha seguido desde 1861, perderá la mejor oportunidad que le haya ofrecido jamás la historia a una nación, y sufrirá todas las fatales vicisitudes del régimen capitalista.

El capítulo sobre la acumulación primitiva no pretende más que trazar el camino por el cual surgió el orden económico capitalista, en Europa Occidental, del seno del régimen económico feudal (Marx y Engels, 1972, t. III, p. 24).

Pero, a pesar de que ésta se desintegraba rápidamente, la comuna aldeana ofrecía aún la oportunidad de adoptar otro tipo de desarrollo. En su famosa carta a Vera Zasulich, escribía Marx que la comuna aldeana se distinguía de la comuna primitiva por la ausencia en ella de consanguinidad, por la propiedad privada del "corazón y del hogar" y por la apropiación privada de lo que se producía en las tierras comunales. Si bien la propiedad comunal de la tierra producía fuertes lazos sociales, la apropiación privada introducía un elemento dinámico en el sistema. Marx se preguntaba a sí mismo si esto inevitablemente llevaría a la privatización de la tierra, y respondía:

Sin duda que no [...] Toda cosa depende del ambiente histórico en que se encuentre [...] su contemporaneidad con la producción capitalista le ofrece en bandeja las condiciones materiales para el trabajo colectivo organizado a gran escala. De esta manera, ella se puede apoderar de los positivos logros llevados a cabo por el capitalismo, sin tener que sufrir del jugo Caudino [...] convirtiéndose de inmediato en el punto de partida de aquel sistema económico al que se dirige la sociedad moderna, sin que previamente deba poner fin a su vida a través del suicidio" (MEW, 19, p. 404-5).

Estos pasajes son suficientes para indicar que para Marx la sucesión de los modos de producción no era una cuestión mecánica. La existencia misma del capitalismo había abierto a las regiones precapitalistas y semi-capitalistas nuevas posibilidades para llegar al comunismo en forma directa, sin tener que pasar por el capitalismo, el cual ya había producido tanta miseria a los productores directos, los asalariados.⁷

⁷ Melotti (1977:135), en esa misma página cita un pasaje del trabajo de Engels, *Soziales aus Russland*, en el cual Engels predice de una forma sorprendente el dinamismo de la revolución rusa la cual estaba a punto de estallar: En Rusia "todas las condiciones para una revolución se juntan, de una revolución la cual, partiendo desde las clases superiores del capital, quizá desde el gobierno mismo, debe ser rápidamente adelantada por los campesinos [...] esta revolución se está seguramente aproximando."

La posibilidad de revolución es una cosa; quién la deberá realizar es otra totalmente distinta. Este asunto ha sido también ampliamente debatido. Marx pensó por mucho tiempo que la revolución socialista, debido al mayor desarrollo de las fuerzas productivas existentes, tendría lugar en las metrópolis coloniales y que como resultado de esto, los pueblos coloniales recibirían su libertad de la nueva clase dirigente, los proletarios liberados de la Europa Occidental (Marx y Engels, 1976:104-111; véase también Gosh, 1984). De esta misma manera enfocaba Marx el problema irlandés, ya que Irlanda era (y en parte aún lo es) una colonia de Inglaterra. Sin embargo, poco a poco Marx empezó a llegar a la conclusión de que la liberación de Irlanda, en vista del creciente oportunismo en las filas de la clase obrera inglesa, tendría que suceder desde adentro.

Durante mucho tiempo creí que sería posible derrocar el régimen irlandés por el ascendiente de la clase obrera inglesa. Siempre expresé este punto de vista en la *New York Tribune*. Pero un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera inglesa *nunca hará nada* mientras no se libre de Irlanda. La palanca debe aplicarse en Irlanda (Marx y Engels, 1972: t. II, p. 147-148).

En Irlanda —escribía Marx a su amigo Kugelmann—, la aristocracia terrateniente (en la cual se encontraban muchas veces las mismas personas que en Inglaterra) podría ser derrocada mucho más fácilmente porque allí la contradicción no sólo era económica sino que también nacional: “desde que los terratenientes de allá no son como los de Inglaterra, tradicionales dignatarios y representantes, sino que son los opresores mortalmente odiados de una nación” (Marx y Engels, 1972: t. II, p. 146).

La revolución nacional de los países (semi) coloniales, en la visión de Marx, no sólo es posible, sino que también puede ser deseable e incluso puede ser una condición para la radicalización de los trabajadores de la madre patria. De ninguna manera se puede derivar de Marx el apoyo a la tesis de que la revolución en los países en desarrollo debe esperar hasta que el capitalismo se haya desarrollado completamente, como lo plantea Warren. Por lo tanto, no se puede predicar a los movimientos socialistas revolucionarios en el Tercer Mundo, que la lucha revolucionaria hoy en día de hecho significaría la entrega de apoyo a la clase dominante. Los conceptos emitidos al final del *Manifiesto comunista* (“los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el estado de cosa social y político existente [y] proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente”) también constituyen una parte integral del pensamiento de Marx y no pueden ser omitidos impunemente.

Por otra parte, uno no puede encontrar apoyo en estas palabras —las cuales fueron escritas con claros fines de agitación y propaganda— para la idea de que Marx hubiese apoyado todo tipo de acciones aventurescas.

Al contrario, Marx no se tornó en contra del idealismo de Hegel, para llegar finalmente al mismo resultado, es decir, que tan sólo la idea de la revolución sería necesaria para que ésta se efectuara en la realidad.⁸

EL TERCER MUNDO EN EL MUNDO INDUSTRIALIZADO

En el prólogo de la segunda edición de la obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1892), Engels se refiere al “emburguesamiento” de la clase obrera inglesa y al surgimiento de lo que posteriormente Lenin llamaría la “aristocracia obrera”. De especial interés es la afirmación hecha por Engels en una ocasión, al expresar que los trabajadores ingleses compartían las ganancias de la posición de dominio que ejercía su país en el mercado mundial (Marx y Engels, 1972: t. III, p. 76).

Engels describía allí algunos fenómenos que serían estudiados posteriormente como formando parte de una nueva fase de desarrollo capitalista: el imperialismo.

Junto con el desarrollo del capitalismo, ya en los últimos años de vida de Marx, se divisaban algunos elementos del imperialismo que más tarde atraerían la atención de muchos estudiosos: la problemática del racismo y la xenofobia.

Marx estaba consciente de estos problemas, que se hacían presentes en los centros industriales del norte de Inglaterra donde acudía una masiva migración de irlandeses.

Todo centro industrial y comercial de Inglaterra posee ahora [1870] una población obrera *dividida* en dos campos *hostiles*, los proletarios ingleses y los proletarios irlandeses. El obrero inglés común odia al obrero irlandés en cuanto a competidor que baja su nivel de vida. En relación con el obrero irlandés, se siente miembro de la nación dominante, convirtiéndose así en instrumento de los aristócratas y capitalistas *en contra de Irlanda*, reforzando de este modo la dominación de aquéllos *sobre sí mismo* [...]. Este antagonismo es mantenido e intensificado artificialmente por la prensa, el púlpito, los periódicos humorísticos, en una palabra, por todos los medios de que disponen las clases dominantes. *Este antagonismo es el secreto de la impotencia de la clase obrera inglesa*, a pesar de su organización. Es el secreto del mantenimiento del poder por la clase capitalista. Y de esto se da buena cuenta esta clase (Marx y Engels, 1972: t. II, p. 158-9).

⁸ En *La ideología alemana* (Marx y Engels, 1976a: v. I: 40) podemos leer: “Y si no se dan estos elementos materiales de una conmoción [revolución] total, o sea, de una parte, las fuerzas productivas existentes y, de otra, la formación de una masa revolucionaria que se levante, no sólo en contra de la misma ‘producción de la vida’ vigente hasta ahora, contra la ‘actividad en conjunto’ sobre la que descansa, en nada contribuirá a hacer cambiar la marcha práctica de las cosas el que la *idea* de esta conmoción haya sido proclamada ya una o cien veces, como lo demuestra la historia del comunismo”.

Lo que Marx describe aquí constituye hasta hoy uno de los temas más importantes que deben ser abordados. Después de la masiva llegada de inmigrantes en las décadas de los sesenta y setenta a la Europa Occidental, los conflictos de clase nuevamente parecieron ser eclipsados (siendo esto en muchos casos activamente fomentado) por la llamada problemática de las minorías étnicas. Los inmigrantes son vistos en primer lugar como "extranjeros", "afuerinos", y no como compañeros trabajadores que también son víctimas de la crisis capitalista. Los trabajadores "nacionales" son animados para mostrar su solidaridad para con sus patronos "nacionales", sean estos holandeses o ingleses o lo que sea, y son forzados a una posición social, en la cual sólo pueden ver a los inmigrantes como competidores y aprovechadores.

En la actual crisis mundial, que el capital intenta "resolver" en desmedro de *todos* los trabajadores (empleados y cesantes, hombres y mujeres, negros y blancos, en el Tercer Mundo y en el mundo industrializado), la clase trabajadora sólo podrá librarse de continuar siendo la víctima de esta crisis, si logra en forma *unitaria* dar una respuesta efectiva a las estrategias de crisis implementadas en estos momentos por el capital.

En la búsqueda de tales respuestas no podemos intentar encontrar alguna "receta" en los textos de Marx. Pero su método materialista y su espíritu revolucionario forman una fuente de inspiración, la cual, después de cien años desde su muerte, no ha cedido ni en fuerza ni en vigor.

BIBLIOGRAFÍA

- Avinieri, S.: (1969), "Marx and Modernisation", en *The Review Politics*, vol. 31, pp. 172-188.
- Brenner, R.: (1977), "The origins of Capitalist Development", en *New Left Review*, núm. 104, julio-agosto, pp. 25-93.
- Brewer, A.: (1980), *Marxist Theories of Imperialism*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
- Emmanuel, A.: (1972), *Unequal Exchange. A Study in the Imperialism of Trade*, Nueva York/Londres, Monthly Review Press.
- (1972), *Lumpenbourgeoisie: Lumpendevelopment*, Nueva York/Londres, Monthly Review Press.
- (1975), *On capitalist Underdevelopment*, Bombay, Oxford University Press.
- Gosh, S. K.: (1984), "Marx on India", en *Monthly Review*, vol. 35, núm. 8, enero, pp. 39-53.
- Harris, R. L.: (1978), "Marxism and the Agrarian Question in Latin America", en *Latin American Perspectives*, issue 19, vol. 5, núm. 4, otoño.

- Hobsbawm, E.: (1964), "Introduction", en K. Marx, *Pre-capitalist Economic Formations* (ed. por E. Hobsbawm), Londres, Lawrence y Wishart.
- Lipietz, A.: (1982), "Marx or Rostow?", en *New Left Review*, núm. 132, marzo-abril, pp. 48-58.
- Mandel, E.: (1971), *The Formation of the Economic Thought of Karl Marx*, Nueva York/Londres, Monthly Review Press.
- Mariátegui, J. C.: (1963), *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas.
- Marx, K.: (1977), *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, 2 tomos. Serie Críticas, núms. 21 y 22, Barcelona, Grupo editorial Grijalbo.
- (1978), *Contribución a la crítica de la economía política*, Madrid, Editorial Comunicación.
- (1979), *El capital*, 3 tomos, México, Fondo de Cultura Económica.
- Mew: *Marx-Engels Werke*, vol. 19. "Carta de Marx a V. I. Sassulitsch; tercer borrador", pp. 401-406, Dietz Verslag, Berlín (DDR).
- Marx, K. y Federico Engels: (1972), *Correspondencia*, 3 tomos, México, Ediciones de Cultura Popular, S. A.
- Tomo 1: Carta de Marx a P. V. Annenkov, 28-XII-1846, p. 26.
- Tomo 2: Carta de Marx a Kugelman, 29-XI-1869, p. 146.
- Carta de Marx a Engels, 10-XII-1869, pp. 147-48.
- Carta de Marx a Meyer y Vogt, 9-IV-1870, pp. 158-159.
- Tomo 3: Carta de Marx al directorio del Otiechestvennie Zapiski ("el memorial de la patria"), noviembre de 1877, p. 24.
- Carta de Engels a Kautsky, 12-IX-1882, p. 78.
- Obras Escogidas*, en 3 tomos, Moscú, Editorial Progreso.
- Tomo 1: *La filosofía alemana; I. Feuerbach*, pp. 11-81.
- (1976b), *Sobre el sistema colonial del capitalismo*, Madrid, Akai Editor.
- La dominación británica de la India*, pp. 51-58.
- Futuros resultados de la dominación británica*, pp. 104-111.
- Melotti, U.: (1977), *Marx and the Third World*, Londres, The Macmillan Press.
- Mohri, K.: (1979), "Marx and 'Underdevelopment'", en *Monthly Review*, vol. 30, núm. 11, abril, pp. 32-42.
- Seve, L.: (1974), "De methode inde ekonomiese wetenschap", en *The Elfder Ure* 17, vol. 21, núm. 3, pp. 671-690, Nijmegen.
- Turner, B. S.: (1978), *Marx and the end of Orientalism*, Londres/Boston/Sydney, George Allen & Unwin.
- Wallerstein, I.: (1974), *The Modern World-System. Vol. 1. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Nueva York, Academic Press.
- Wallerstein, I.: (1979), *The Capitalist World-Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Warren, B.: (1980), *Imperialism, Pioneer of Capitalism*, Londres, Verso/
New Left Books.
- Williams, E.: (1975), *Capitalism and Slavery*, Londres, Andre Deutsch.
- Wolf, E.: (1982), *Europe and the People without History*, Berkeley, Uni-
versity of California Press.